

imperio. Esta conducta produjo el mejor resultado. El rey destronado fué recibido con sus vasallos en la Panonia, y los dos jefes victoriosos que se dividieron su reino, solicitaron de suyo la amistad del emperador (50 de J. C.)

La tranquilidad de los países de la orilla derecha del Danubio está atestiguada por el silencio mismo de los historiadores. Un hecho de cierta importancia ocurrió, sin embargo, al extremo de estos países: Remetalces á quien Calígula había hecho rey de toda la Tracia, hubo de ser envenenado por su mujer, y como sus súbditos se sublevaran, aprovechó Claudio tan favorable coyuntura para reducir este reino á provincia romana (hacia el año 46). Veinte años después, decía Agripa á los judíos: «Dos mil soldados romanos bastan para guardar la Tracia.» Bizancio había suministrado socorros en esta ocasión, y dió todavía más en la guerra que se hizo al rey del Bósforo, obteniendo en recompensa una exención de tributo por espacio de cinco años (1).

Este rey del Bósforo, descendiente del gran Mitrídates, cuyo nombre llevaba, debía á Claudio su corona. Poco después de su advenimiento, hizo el emperador nueva distribución de los reinos vasallos: devolvió á Antíoco la Comágene, que Calígula le había quitado, después de habérsela dado; libertó al ibero Mitrídates, que Cayo tenía aprisionado; aumentó los dominios del judío Agripa y erigió la Calcídica en reino para su hermano Herodes; finalmente, cedió á Polemón algunos cantones de la Cilicia á cambio del Bósforo, transferido á otro Mitrídates. Este nuevo rey, ambicioso y turbulento, como para justificar su origen, quiso engrandecerse á costa de sus vecinos. Claudio lo depuso y lo reemplazó con su hermano Cotis.

Mitrídates procuró arrastrar á su causa algunos pueblos de aquellas regiones, y sedujo á unos y acometió á otros trayendo sobre sí una expedición romana. Las miserables ciudades de sus aliados fueron sin dificultad tomadas y tratadas cruelmente. Una de ellas ofrecía diez mil esclavos por su rescate; pero esclavos y amos, todos fueron pasados á cuchillo.

Mitrídates vino á entregarse de suyo, y cuando se presentó al emperador, le dijo altivamente: «No me han traído; vengo yo. Si lo dudas, déjame partir y hazme buscar» (49).

Claudio había libertado á Mitrídates ibérico para que recobrarla la Armenia, y las divisiones de los partos hacían fácil la empresa. Este desdichado pueblo había recaído en su anarquía ordinaria, á la muerte de Artabán III (44 de J. C.). Vardán y su sobrino Gotarces se disputaban la corona, alternativamente vencedores y vencidos. Por la tercera vez iban á venir á las manos, al extremo del imperio, en la Bactriana, cuando Mitrídates entró en la Armenia, con tropas romanas, que tomaron las ciudades mientras los iberos batían el país bajo. Habiendo, en fin, quedado Vardán único dueño del imperio, redujo á Seleucia, cercada hacía siete años por los partos, y se dispuso á invadir la Armenia. El gobernador de Siria, Marso, lo conminó con pasar en son de guerra el Eufrates, si él pasaba la frontera.

Pero nuevas catástrofes evitaron esta guerra. Vardán fué asesinado por los magnates del reino en una partida de caza y Gotarces volvió; pero la nobleza envió secretamente representantes suyos á Claudio para pedirle á Meherbates, hijo de aquel Vonón, antiguo candidato de Augusto y de

(1) Tácito, *Ann.* XII, 63. El mismo favor se hizo á Apamea arruinada por un terremoto; Rodas quedó libre, y Boloña, destruida por un incendio, recibió un socorro de 10 millones de sestercios (*Ibid.* XII, 58). Cos quedó exenta de todo tributo en honor de su dios Esculapio (*Ibid.* XII, 61; Dion, LX, 24).

Tiberio al trono de los Arsácidas. El emperador se dió buena prisa en deferir á este voto, haciendo notar en el senado, que como Augusto, tenía él la gloria de haber reconquistado la Armenia y dado un rey á los partos. Pero en vez de llevar vivamente la empresa, quiso Meherbates gozar su frágil corona, y con esto, cediendo el celo de sus partidarios, fué vencido y hecho prisionero (49). Gotarces le cortó las orejas y lo dejó vivir después de esta humillación. Pero casi al mismo tiempo murió él de enfermedad, pasando el cetro á su hijo Vonón, que sólo vivió algunos meses (50 ó 51). Vologeso, su sucesor, iba á reinar treinta años, no sin gloria.

Claudio se había precipitado en lo de alabarse, como lo hizo en el senado, de tener en Oriente la fortuna de Augusto: su protegido en el país de los partos estaba fugitivo y deshonrado, y su candidato al trono de Armenia, más desgraciado todavía, fué destronado por un sobrino suyo, Radamista, á quien había colmado de beneficios, y á cuyas manos murió con su mujer y sus hijos, no por el hierro ni el veneno, porque le había jurado no valerse nunca de estos medios contra él, sino bajo un montón de trapos.

Por más habituados que estuvieran en Oriente á los crímenes de las casas reales, este causó general indignación; y Vologeso creyó la ocasión favorable para recobrar la Armenia para su hermano Tirídates. Todas las ciudades le abrieron sus puertas; pero el invierno y una peste lo obligaron á huir. Al volver Radamista de la Iberia, se bañó en la sangre de los rebeldes, que él llamaba; pero se sublevaron contra él, más y más indignados sus vasallos, embistieron su palacio y tuvo que escapar á uña de caballo. Cenobia, su mujer, en cinta de muchos meses, lo seguía en su fuga, y por no retardar ni entorpecer su marcha le pidió la muerte. El bárbaro rey se la dió de su mano y arrojó al Araxes su cadáver. Pero la herida no era mortal; unos pastores la recogieron, y curada, la entregaron á Tirídates, que la trató como reina. La influencia romana en Armenia estaba perdida; Corbulón, empero, la restablecerá en los comienzos del reinado siguiente.

En Licia hubieron de ser asesinados algunos romanos, como quiera que esta pequeña república estaba muy perturbada y revuelta: Claudio la desposeyó de una libertad de que tan mal uso hacía y la agregó á la Panfilia.

En otro lugar trataremos de los negocios de Palestina; sólo diremos aquí que á la muerte de Agripa, el año 44, juzgando Claudio que era demasiado joven el hijo de este príncipe para sucederle en el reino, agregó de nuevo la Judea á la provincia de Siria.

Para terminar la narración de los pocos acontecimientos que conocemos sobre la historia provincial durante este principado, recordemos también los triunfos obtenidos por Suetonio Paulino en la Mauritania á principios del reinado de Claudio. Este general pasó el Atlas, cuyas cimas encontró cubiertas de nieve, y penetró á través de un país abrasador hasta Taflete.

Geta, su sucesor, por poco no perece de sed con todo su ejército; pero á dicha descubrieron á poco y cuando menos lo esperaban una fuente que les salvó la vida, y una victoria decisiva sobre los moros permitió hacer de su país dos provincias separadas por el Mulucha, la Mauritania Cesárea y la Mauritania Tingitana, adonde numerosas colonias llevaron las costumbres y la lengua de Roma. Estas conquistas valieron á Claudio el honor de hacer atrás el pomerio, como Sila y Augusto.

A este reinado ó al siguiente se refieren los audaces reconocimientos de que habla Tolomeo y que se llevaron al interior de Africa por Julio Materno hasta la región de Agi-

simba «en el país de los rinocerontes,» y por Septimio Flaco al de los etíopes, tres meses de camino más allá de Garama. Refiere Plinio (VI, 24) que un liberto del arrendatario de las aduanas imperiales en el mar Rojo, fué impelido por los vientos, al doblar la Arabia, hasta la isla de Taprobana, donde permaneció seis meses, aprendió la lengua del país, y á la vuelta trajo cuatro embajadores que dieron á Claudio curiosas noticias sobre la isla, sus habitantes y su comercio con los seres ó seros.

Este principado no carecía pues de gloria militar y política. Conquistadas la Mauritania y la Bretaña; contenidos los germanos, después de haber perdido los últimos trofeos de sus antiguas victorias; mantenido en la obediencia el Bósforo; reducidas á provincias romanas la Tracia y la Judea (1), y las divisiones de los partos hábilmente entretenidas y prolongadas; en el interior, algunas buenas leyes, no pocas obras de utilidad pública, prosperidad creciente (2); en los ejércitos, severa disciplina y una actividad que venía á redundar en beneficio público, bajo la dirección de generales envejecidos en el mando (3); finalmente lejanas embajadas renovando el curioso espectáculo que tanto había lisonjeado la vanidad romana en tiempo de Augusto.

Ciertamente, en todos estos hechos, en estos resultados había con qué halagar y aun satisfacer el orgullo de un príncipe mucho más exigente de lo que jamás fué Claudio sobre este asunto.

Mas nos incumbe ahora volver á Roma para ver la agnía de la aristocracia romana y los ejemplos que ofrecía al mundo el palacio imperial, donde reinaba una mujer impúdica, cuya sensualidad pagana hubiera podido hacer de ella la diosa del libertinaje y de la orgía; Mesalina tendrá rivales entre las matronas y Locusta no trabajará exclusivamente para Agripina.

V. — MESALINA

El vicio y la segur habían diezmado de tal modo á la nobleza romana que se vió obligado Claudio á hacer patricios el mismo año en que abrió el senado á los notables de las provincias (48). Una aristocracia sustituía á otra: la del mundo reemplazaba á la de la ciudad, señal manifiesta de que muy luego van á llegar también emperadores provinciales. Las *gentes* creadas por César y por Augusto se habían extinguido ya, y quedaban muy pocas de las cincuenta *casas troyanas* que Dionisio de Halicarnaso contaba aún en tiempo del primer emperador. Claudio mismo

(1) La Itúrea fué también, como la Judea, agregada á la Siria, después de la muerte de su rey Sohemes, el año 49 (Tácito, *Ann.* XII, 23).

(2) El año 49 hubo, sin embargo, en Grecia una gran calamidad de hambre: vendiase allí el modio de trigo á seis dracmas y acaso llegó al doble; y el año siguiente hubo un tumulto en Roma por el precio del trigo. Claudio fué perseguido y molestado por los clamores y hasta por las amenazas de la multitud; pero tomó prontas y eficaces medidas para restablecer la abundancia al mismo tiempo que el orden (Eusebio, *Chron. ad ann.*; Suetonio, *Claud.* 18; Tácito, *Ann.* XII, 43).

(3) El acierto de Claudio para elegirlos, merece los encomios de Tácito. V. sobre Casio, *Ann.* XII, 12, y sobre Corbulón, XI, 20. Puede citarse también á Ostorio, *ducem haud sperendum* (*Ibid.* 39); á Suetonio Paulino, el conquistador de Bretaña y de la Mauritania, á cuyas órdenes hizo Vespasiano sus primeras campañas; á Burro, el prefecto del pretorio; á Galba, que mandó sucesivamente en Aquitania, en Germania y en Mauritania: *Africam moderate... Hispaniam pari justitia continuit* (Hist. I, 49); á Vinio, *qui Galliam Narbonensem severe integreque rexit* (*Ibid.* 48). Vitelio mismo merece este elogio de Suetonio: *in provincia (Africa) singularem innocentiam praestitit biennio continuato* (Vitell. 5).

había ayudado á disminuir su número: durante su reinado hubieron de perecer treinta y cinco senadores y más de trescientos caballeros; muchos de ellos víctimas de vergonzosas pasiones y de la codicia de Mesalina, no pocos arrebatados por el suicidio, que hombres sin creencias ni útil empleo de la vida (4) tenían por el último recurso de una existencia fatigada por el placer y el temor; pero el mayor número, castigados á consecuencia de conspiraciones imprudentes y de crímenes probados. Se recordaba la tentativa abortada, después de la muerte de Cayo y se creía poder repetirla con mejor fortuna: aun después de Nerón habrá republicanos, porque las locuras de los nuevos emperadores hacían sentir más vivamente aquel gobierno que había conquistado el mundo. Más numerosos eran aún los que



Mesalina (5)

viendo el primer puesto tan indignamente ocupado, creían fácil derribar de él á un príncipe, cuya misma madre lo llamaba un error de la naturaleza, un hombre comenzado y no acabado.

Un asesino, armado de un puñal, se deslizó un día hasta la cama del emperador: dos caballeros intentaron darle muerte, el uno á la salida de un teatro y el otro en el acto de un sacrificio (6). Un nieto de Polión y otro de Mesala quisieron hacer una revolución y arrastraron á su proyecto á personas del mismo palacio. Pomponio, en fin, inició una guerra civil y Escriboniano sublevó el ejército de Dalmacia prometiendo á sus soldados restablecer la república,

(4) Ya vimos en otro lugar con qué facilidad se suicidaban las gentes en tiempo de Tiberio. Dion (LX, 11) refiere que Claudio se empeñó en hacer asistir al senado á los caballeros siempre que se les citara. Un día hubo de reprender tan vivamente á algunos que habían faltado á la sesión, que todos ellos se suicidaron.

(5) Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 228. El busto de Mesalina, ceñido de laurel, está acomodado en la curva de un cuerno de la abundancia, del cual sale medio cuerpo de niño, sin duda Británico. Roma armada de casco está delante de la emperatriz. Rubens, que admiraba este camafeo, hizo un diseño de él, que se conserva en su obra (Chabouillet, *Catálogo general*, etc. p. 38).

(6) Suetonio (*Claud.* 13) y Dion (LX, 15) creen en la realidad de todas estas maquinaciones. Tácito habla de un caballero, á quien se encontró un puñal en medio de los que iban á saludar al príncipe (*Ann.* XI, 22) y Dion (LX, 18) de otro caballero, sin duda el denunciado por Otón, gobernador de la Dalmacia (Suetonio, *Otho*, I), y precipitado de la roca Tarpeya por los cónsules y los tribunos. Tácito habla también de las instancias hechas por Silio, cónsul designado, cerca de Mesalina para que diera muerte al emperador (*Ibid.* 26). Estos hechos dan nueve ó diez conspiraciones, si no hay confusión.

mientras Viniciano, uno de los candidatos al imperio después del asesinato de Cayo, un pretor en ejercicio y muchos senadores y caballeros preparaban en Roma un movimiento. Proclamado emperador Escriboniano, escribió á Claudio una carta llena de sangrientas reconvenções y le ordenaba volver á la vida privada, de la cual no debió haber salido nunca.

De buena gana hubiera obedecido el tímido Claudio; pero el respeto que las legiones conservaban hacia la familia de los Césares salvó la situación. Espantados de un presagio contrario los rebeldes se negaron á marchar contra Roma, y el primer emperador salido de los campamentos (*castra stativa*) fué asesinado á los cinco días de reinado.

Su mujer denunció á los cómplices, y todos los que no pudieron comprar el favor de Mesalina ó de los libertos, pagaron con su vida. A pesar de las recientes leyes, se recibieron delaciones de los esclavos contra sus amos, y algunos senadores fueron, en su virtud, sometidos á cuestión de tormento. Se exceptuó á los hijos, pero casi todas las mujeres compartieron la suerte de sus maridos.

Una de ellas, esposa del consular Peto, se ilustró. Arria, que así se llamaba, siguió en un barco menor el navío que llevaba á su marido á Roma, y cuando lo vió condenado, en vez de implorar á Mesalina, que la amaba, tomó un puñal y se lo hundió en el seno; después se lo ofreció ensangrentado á Peto, cuyo valor flaqueaba, diciéndole con voz entera: «Toma; esto no hace mal.» Viniciano y muchos otros se suicidaron también.

Por un singular contraste con la molición de su vida, estos romanos degenerados quisieron que se les reconociera en su última hora á lo menos por hijos de sus padres. Cuando Valerio Asiático, después de una defensa conmovedora, sólo obtuvo de Claudio la elección de la muerte, se tranquilizó completamente, pues no tenía ya que disputar su vida, y volvió por un día á sus hábitos ordinarios; se bañó con mucho sosiego, recibió á sus amigos y aun les dió un festín de despedida, mostrándose placentero y jovial. Al levantarse de la mesa, antes de abrirse las venas, fué á visitar su pira funeraria, preparada de su orden en el jardín de su casa, y encontrándola demasiado cerca de los árboles la hizo retirar para que el fuego no los perjudicara. Morir bien era el único pundonor que quedaba á aquellos romanos. Mesalina les dió frecuentes ocasiones de mostrarlo.

Claudio no estaba organizado para conservar el amor de una mujer. En primeras nupcias se había unido con Petina, á quien repudió por faltas ligeras; en segundas con Urgulanila, á quien expulsó también á causa de innobles desórdenes y por sospechas de homicidio. Esta le dió una hija, Claudia, á quien aceptó al principio y luego hizo arrojar desnuda á la puerta de la casa de su madre suponiendo que era fruto de adúltero comercio. Mesalina, su tercera mujer, era biznieta de la hermana de Augusto, de la virtuosa Octavia, cuya sangre no prevaleció en su descendencia contra la viciada sangre de Antonio. Lépidia, la madre de Mesalina, la pervirtió con su mal ejemplo, inspirándole todos los desarreglos, y Claudio la tomó ya mancillada. Probablemente estaba atacada de una de esas enfermedades que suprimen la conciencia y arrastran á todos los desórdenes y liviandades (1).

(1) Era muy viciosa, pero ciertamente enferma: apenas tenía veinticuatro años cuando murió. M. Meniere, en un curioso libro intitulado: *Etudes médicales sur les poètes latins*, cree que Mesalina padecía la funesta enfermedad llamada *ninfomanía*. «En la *Salpetriere*, dice, hay Mesalinas, que no tienen nada que ver con la moral» (p. 364).

Con esta mujer impúdica, vamos á encontrar por la primera vez en Occidente la vida de las cortes asiáticas; mezcla de conspiraciones, de suplicios y monstruosas sensualidades. Era cosa inevitable que al establecerse en el Palatino el despotismo oriental, trajera en zaga las costumbres de Alejandria y de Tesifonte: la rivalidad de las mujeres, la influencia de los libertos, las revoluciones de palacio. Desde el primer momento supera Roma los escándalos más célebres. No ha habido hasta ahora en la historia más que una Mesalina, y Juvenal azota aun á la imperial cortesana con el sangriento látigo de su indignado estro. Dentro de algunos años, otra emperatriz envenenará á su marido; y un emperador matará á su madre, á su hermano, á su mujer, y todas las locuras, todos los vicios, las crueldades todas van á desencadenarse sobre una sociedad vacilante y podrida.

De buen grado olvidaría la historia el libertinaje de Mesalina, si este escándalo público no hubiera alentado otros y si la crueldad no se hubiera mezclado con la orgía. Su suegro, Silano, se atreve á desdeñar sus torpes insinuaciones, y Mesalina lo acusa de tramar una conspiración, que Narciso confirma porque un sueño se lo ha revelado, y Silano es castigado de muerte. El senador Vinicio se hace culpable del mismo delito desdeñando los impúdicos favores con que le brinda la infame emperatriz, que no lo acusa; lo envenena. En cuanto á Asiático, la causa de su muerte es su riqueza: había embellecido más aún los jardines de Lúculo, ya tan bellos; Mesalina quiere poseerlos, y Claudio lo condena á morir. Julia, hija de Germánico, parece inspirar á su tío un interés demasiado vivo, y con su altivez ofende á la emperatriz; ésta invoca las buenas costumbres, habla de adulterio, y Julia, enviada al destierro, encuentra muy luego asesinos. Y Séneca, claro ingenio y gran moralista, que tuvo la falta de poner raramente su conducta de acuerdo con sus escritos, merecía la confianza de Julia y fué relegado á Córcega, donde permaneció ocho años (2). Otra Julia, sobrina también del emperador, tuvo la misma suerte. Popea le disputaba el bailarín Mnesiter: Mesalina la acusó de adulterio y la empujó al suicidio. En cuanto al histrión, recibió orden del mismo emperador para ponerse incondicionalmente á las órdenes de la emperatriz.

Necesitaríamos las libertades de la lengua latina para expresar los impuros y criminales excesos de la imperial cortesana, ahora en el seno del palacio en compañía de las más nobles matronas entregadas á la promiscuidad á ojos vistas de sus maridos (3), ahora en las calles de Roma entre las sombras de la noche, en medio de las víctimas del libertinaje público: *lassata viris, nec dum satiata* (4).

El emperador lo ignoraba todo. Justo Catonio, prefecto del pretorio, manifestaba cierta indignación y hablaba de la conveniencia de abrirle los ojos al príncipe: luego al punto pereció. La indigna debilidad de Claudio para con la madre de Británico y de Octavia; la connivencia de los libertos y la muerte que hubiera castigado toda revelación indiscreta, aseguraban la impunidad y alentaban á mayores

(2) Uno de sus enemigos lo acusa de haber sido cómplice de Julia... *Domus Germanici adulterum* (Tácito, *Ann.* XIII, 42).

(3) Dion, LX, 18. Sobre el desorden de las costumbres, cf. Séneca, *de Ben.* III, 16: «Las mujeres cuentan los años, no por el número de los cónsules, sino por el de sus maridos... No se toma marido sino para picar á un amante. La castidad no es más que una prueba de fealdad, y es preciso que una mujer sea muy repugnante para que se contente con un par de amantes»

(4) Citamos este famoso verso de Juvenal, aunque sin darle crédito.

osadías. Mesalina llegó al extremo de querer legalizar el adulterio y legitimar la prostitución, á fin de encontrar en el libertinaje un atractivo más, el del vicio jugando con la ley y escarneciendo los últimos restos del pudor público.

Si hemos de dar crédito á una narración conservada por Tácito, pero que Josefo no conoce, Mesalina quiso casarse según las formas ordinarias con uno de sus amantes, con Silio. Su unión fué anunciada previamente, consignada en actas auténticas y consagrada por las rogativas de los augures, por las ceremonias religiosas, por un sacrificio y un banquete solemne. Claudio, á quien espantaban prodigios que amenazaban al esposo de Mesalina, hubo de firmar el contrato, á fin de desviar de su cabeza las desgracias anunciadas.

En cuanto á la emperatriz, esta desvergonzada parodia de los ritos ordinarios debía aguzar el placer de libertinos en busca de nuevas invenciones. Silio se prestaba á ello en la convicción de que la comedia acabaría de una manera trágica por la supresión, no sólo del marido, sino también del príncipe. Por lo que toca al anciano, crédulo y pacato, sin duda diría para sus adentros, con el espíritu formalista de los antiguos, ó á lo menos se le habría hecho creer, que el destino quedaría satisfecho con un matrimonio celebrado según las prescripciones de la ley, pero sin ir más allá de las apariencias (1).

Así no hay que pensar siquiera que se hubiera reservado como indemnización, después de haber salvado al emperador, el derecho de llevar el oráculo hasta el fin vengando al marido ultrajado ó lo que llamaríamos el honor, si este sentimiento no hubiera sido olvidado por los romanos de aquel tiempo y sobre todo por el mismo Claudio.

Turbados al principio los libertos ante tan escandalosa aventura, comenzaban á espantarse, cuando vieron á Mesalina despojar el palacio para embellecer la casa de Silio, adonde fueron á parar todos los tesoros de los Claudios. Joven y audaz, Silio no se dejaría llevar como su imbécil patrono, y emparentado con las más nobles familias é investido del consulado, era hasta cierto punto temible. Lo que acababa de hacer revelaba su ambición. Evidentemente no se detenía en la difícil y peligrosa posición que se había creado, y ya instaba á Mesalina á que lo desembarazara de Claudio. Calisto y Palas vacilaban, sin embargo, en arrostrar la cólera de la emperatriz, recordando á Polibio, sacrificado por ella, bien que tuviera en su favor la complicidad del adulterio.

Con todo eso, Narciso persistió y todo se lo reveló á Claudio, entonces en Ostia ocupado en los abastecimientos de Roma. «¿Sabes, le dijo el liberto, que has sido repudiado? Silio ha tenido por testigos al pueblo, al senado, al ejército; y tus riquezas y esclavos están en su casa. Si te tardas un momento, Roma entera estará en su poder.»

A esta revelación, que corroboran algunos senadores, recae Claudio en sus ordinarios temores. Cree que Silio está ya proclamado y pregunta ingenuamente, si todavía es él emperador. Narciso comprendía que acababa de jugarse la vida y que era preciso llegar hasta el fin ó perecer. Con esto arrastró á su patrono á Roma.

Era á mediados del otoño y Mesalina representaba en

(1) Así es probablemente cómo Mesalina esperaba defenderse, cuando solicitó de Claudio que la escuchara y la primera vestal se indignaba de que se la condenara sin oír, *indefensa* (Tácito, *Ann.* XI, 34). En la *Apokolokyntosis* el cargo más frecuente que se hace á Claudio es condenar sin oír al acusado. Es de notar que Séneca, desterrado por Mesalina y escribiendo bajo el reinado de su rival, no tiene contra ella las severas palabras que Tácito, Suetonio, Juvenal y Dion; pero Plinio (X, 83) con una palabra va más lejos que ellos.

su palacio una escena de vendimia. Los vendimiadores pisaban los dorados racimos y el vino corría á las cubas; mujeres medio desnudas ó medio vestidas con la piel de gamo como las bacantes, danzaban alrededor, y Mesalina con los cabellos dispersos, el tirso en la mano y desceñida de ropas, y Silio coronado de hiedra, se amaban entre lascivos coros.

Uno de los libertinos se encaramó á un árbol, sin duda para desempeñar allí el papel de algún dios de los bosques, protector de torpes himeneos. — «¿Qué ves desde ahí arri-



Pontífice máximo (Bronce del Gabinete de Francia, núm. 3572).

ba?» le preguntaron.—«Veo, contestó el chusco, veo una furiosa tempestad por la parte de Ostia.»

Viniera del cielo ó de la tierra, ello es que la tempestad se acercaba. Al principio corren vagos rumores de que Claudio llega indignado, y muy luego lo anuncian expresamente los correos. Aguase con esto la fiesta y la reunión se disuelve, porque aquellos libertinos, dados completamente al placer, no habían preparado nada para la resistencia. Mesalina fué á refugiarse á los jardines de Lúculo; Silio se dirigió al Foro, como para cumplir deberes de su cargo; los demás corrían por aquí y por allá desatentados; pero los centuriones iban ya á sus huellas y los sorprendieron en las calles ó en los retiros en que procuraban esconderse.

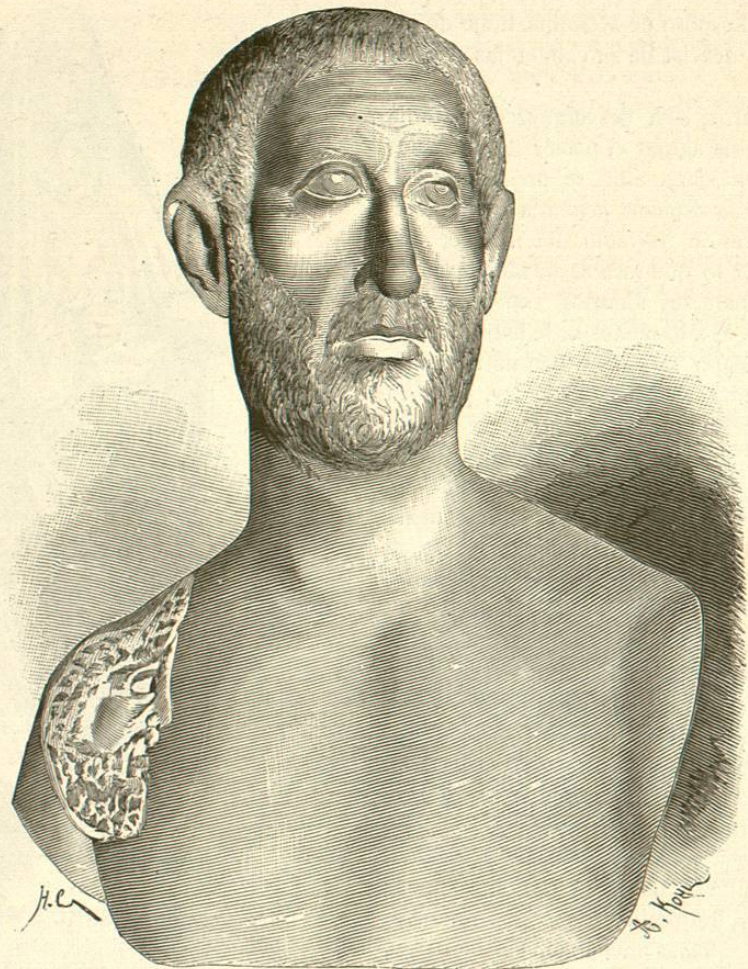
Después de algunos instantes de turbación, recobró Mesalina casi toda su tranquilidad y confianza: envió á sus hijos Británico y Octavia á recibir á su padre; rogó á Vibidia, la primera de las vestales, que fuera á interceder por ella con el pontífice máximo, y ella misma acompañada de tres personas, únicas de toda su corte que no la ha-

bían abandonado, atravesó á pie la ciudad toda, subió luego á uno de los carros que servían para trasportar las basuras de los jardines y tomó el camino de Ostia.

Si el príncipe hubiera estado solo, sin duda ninguna se habría salvado Mesalina. Pero Narciso, para no perderlo de vista, había tomado asiento en el mismo carro que lo llevaba á Roma con sus dos amigos Cecina y Vitelio. Este, tipo consumado del cortesano servil, esperaba para tener opinión, que hablara previamente el príncipe y Claudio hablaba ahora de una manera harto embarazosa, ya irri-

tándose contra su mujer, ya enterneciéndose al recuerdo de sus hijos. Así, pues, sólo decía Vitelio: «¡Oh crimen! ¡Oh inocentes!»

Entre tanto se aproximaba Mesalina diciendo á gritos que era la madre de Octavia y de Británico y que se debía escuchar su defensa. Narciso procuró distraer á Claudio recordándole á Silio y su matrimonio, haciendo que avanzara el carro y entregando al emperador una especie de memoria sobre los desórdenes de su mujer para que ocupara la vista.



Domitio Enobarbo (1)

A las puertas de Roma esperaban sus hijos Octavia y Británico, pero se tuvo buen cuidado de apartarlos. Sin embargo, Vibidia, la primera vestal, logró llegar hasta el príncipe y le representó cuán odioso sería entregar á la muerte á la madre de sus hijos, sin haber escuchado su defensa. Narciso se anticipó á contestarle que el príncipe la oiría y le sería permitido justificarse, instando luego á la vestal á que se retirara á sus piadosas funciones.

El liberto condujo directamente á Claudio á casa de su rival Silio, donde le mostró las riquezas de los Neronés y Druos, ostentadas allí cínicamente como premio de adúlteras complacencias. A vista de aquel escándalo se afectó Claudio, en fin, y estalló su cólera. Dejóse llevar al campamento de los pretorianos, los arengó y los hizo jueces de los culpables.

Conducido Silio ante ellos, no procuró defenderse; sólo

(1) Busto del Capitolio, Galería, núm. 74. No es seguro que este busto, dado á Roma por la imagen del padre de Nerón, represente á este personaje. La barba así cortada es de la época republicana, ó á lo menos del siglo tercero de nuestra era; y la máscara de teatro, puesta en el hombro derecho, indicaría un poeta trágico.

pidió que se precipitara su muerte; y muchos otros caballeros romanos mostraron la misma firmeza. El prefecto de los guardias nocturnos, el administrador de los juegos y un senador fueron también condenados á muerte. Un pobre diablo, el bailarín ó histrión Mnester, mezclado involuntariamente en esta tragedia, tuvo un momento la esperanza de salvarse: en él no había influido, como en los otros, el interés ó la ambición, sino la necesidad de obedecer una orden de Claudio que lo ponía incondicionalmente á las órdenes de Mesalina, y si el imperio hubiera caído, él habría sido el primero en morir á manos de Silio. Los libertos contestaron que después de haber inmolado víctimas tan ilustres, no era cosa de perdonar á un histrión, que de grado ó por fuerza había asistido á un atentado enorme y era cómplice de todos aquellos escándalos. Ni siquiera se admitió la justificación del caballero Montano, joven de buenas costumbres, pero de belleza notable, á quien Mesalina, tan caprichosa en sus repugnancias como en sus gustos, había llamado á su casa y repelido desde la primera noche.

Durante estas ejecuciones, retirada Mesalina á los jardi-

nes de Lúculo, se dirigía en súplica á su esposo, no sin un resto de esperanza, aunque con asomos de cólera á vueltas de sus humildes ruegos, pues hasta en este último peligro conservaba su fondo de orgullo. Si Narciso no hubiera precipitado su muerte, el golpe habría recaído sobre él. Claudio había vuelto á su palacio, y halagado por el buen sabor de cena opípara, cuya hora se le anticipó, hubo de olvidar su enojo. «Que vayan, dijo, á avisar á la desgraciada Mesalina que venga mañana á justificarse.»

Narciso comprendió que estaba perdido, si no se acababa todo más aína; y buena prisa se dió en salir y en buscar á los centuriones y al tribuno para darles la orden fatal; otro liberto, de nombre Evodo, quedó encargado de velar para que se cumpliera sin demora lo mandado.

Evodo corrió á los jardines de Lúculo, donde estaba Mesalina tendida en el duro suelo, al lado de Lépidia, su madre, que la exhortaba á honrar su muerte dándose la por su propia mano. Pero aquella alma corrompida no tenía ni podía tener tanta energía; antes bien se abandonaba á inútiles lágrimas y gemidos. Y en este despecho estaba, cuando veis aquí que se abren las puertas con violencia y aparece una turba de soldados: el tribuno guardó silencio ante la majestad caída; pero el liberto se desató en improperios contra ella con la bajeza de un esclavo.

Entonces ya comprendió Mesalina que era preciso morir y aceptó el puñal que le ofrecieron. Mientras con ánimo flaco y mano trémula acerca la aguda y fiera punta, primero á la garganta y luego al desnudo seno sin valor ni fuerzas para hincarlo, precipitó el tribuno la pavorosa catástrofe traspasándola con su espada.

Claudio estaba aún sentado á la mesa cuando le anunciaron que Mesalina había vivido, sin decirle si había muerto por su mano ó por la ajena. Ni de esto se informó Claudio; pidió de beber y acabó de cenar con mucho sosiego. La misma insensibilidad mostró los días siguientes; vió sin dar señal de cólera ni de pesar la alegría de los acusadores y la pena de sus hijos. El senado hizo derribar las estatuas de Mesalina y confirió al asesino las insignias de la cuestura.

Hemos dado á la narración de la muerte de esta infame cortesana casi tanta extensión como á la de las ilustres víctimas de la república; y es que este contraste pinta las dos épocas: tragedias de serrallo son ahora una gran parte de la historia del pueblo romano.

Claudio había jurado á los pretorianos reunidos «conservar el celibato, ya que el matrimonio le era tan adverso, y dejarse matar por ellos, si violaba su juramento.» Pero esto no les tenía cuenta á los libertos, que querían hacer otra emperatriz para continuar siendo dueños del palacio, y muy luego se ocuparon en el grave asunto de casar al emperador por cuarta vez; sino que tenían contrarias pretensiones. Narciso protegía á Petina, á quien Claudio había ya repudiado; Calisto á la hermosa Lolía Paulina, divorciada de Cayo; y Palas á una hija de Germánico, Agripina.

Esta matrona, á quien su madre legara su mismo genio imperativo y ambicioso, era viuda de Domitio Enobarbo, que le había dejado un hijo de once años á la sa-

zón (1). Aunque era hermosa, no tenía nada de la mujer, pero lo tenía todo del ambicioso sin corazón: la prolongada perseverancia, los fríos cálculos y, en el momento oportuno, las resoluciones implacables, sin vacilación, ni timidez, ni remordimiento. Había decidido ser emperatriz: para esto era preciso casarse con Claudio; pero Claudio era tío suyo y las leyes romanas prohibían el matrimonio entre parientes de este grado. Un senadoconsulto quitó este obstáculo y un caballero suministró el ejemplo.

Desde que Agripina pasó al tálamo imperial quiso ya



Claudio, Agripina, Livia y Tiberio (2)

imponer su voluntad. Claudio que sabía mantener la paz en el imperio, no supo jamás hacerla reinar en torno de sí, porque era capaz de tener ideas justas, pero absolutamente inepto para dominar hombres. Los libertos y la emperatriz se disputaban al anciano: éste se entregó á Agripina, la cual después de haber obtenido lo que quería, la adopción de su hijo, envenenó á su marido.

Los libertos estaban en mala posición para luchar contra ella: el temor de que los hijos de Mesalina, Británico y Octavia, se hallaran un día en estado de vengar á su madre en las cabezas de los que la habían perdido, los encadenaba á la suerte de la nueva emperatriz. Por eso, tuvo ésta desde luego la influencia y el poder, que tomó con mano firme y supo conservar. Las funciones del gobierno cambiaron, dice Tácito, y Roma tuvo en Agripina un dueño, que no se burlaba de los negocios con la ligereza que Mesalina. La autoridad fué grave, casi viril: en público, severidad, á menudo altivez; en el palacio nada de desórdenes, á menos que no fueran útiles al poder; pero una insaciable codicia, que se cubría con el pretexto de aumentar los recursos del Estado. Hija, hermana y esposa de emperadores, se creía llamada á la herencia de un imperio que los suyos habían fundado y mantenido, y quería recibir los mismos honores que Claudio, los respetos del senado, los votos de gracias de los embajadores, las súplicas de los cautivos, y, espectáculo nuevo, asistir á

(1) Suetonio (*Nero*, 6) la acusa de haber envenenado á su segundo marido Crispo Pasieno para heredarlo más pronto. Nerón nació el 15 dic. 37.

(2) Camafeo en ónice, conservado en el gabinete de antigüedades de Viena.